

DGCL

A

+. 170961



QUERELLAS  
DEL  
CIEGO DE ROBLIZA



A la Srta J. Eliza Colton  
V. de Vrege en off. <sup>una</sup>  
antigua amiga

El Autor,

Ejemplar núm. 177

QUERELLAS  
DEL  
CIEGO DE ROBLIZA



SALAMANCA  
Imprenta Católica Salmanticense  
1894



ANDABA fuera de mí con el *Martin Fierro*, poema popular gauchesco, enamorado perdidamente de su frescura y su pujanza, del alma cándida y briosa del pueblo que en él se refleja. Ejercía en su pró una especie de apostolado empeñándome en que lo leyeran mis amigos y hasta en obligarles á que les gustara, é hice de él un estudio, ó cosa por el estilo, que se publicó en el primer número de la *Revista Española*. Veía, entre otras cosas, en el poema gauchesco un arma de combate, algo que

ayudara á volvernós á la poesía del pueblo; pues así como el gigante Anteo dicen que cobraba fuerzas frescas del contacto con la tierra, su madre, así también de su bautismo en el espíritu popular habrá de recobrarlas nuestra poesía, aquejada de dolencias tan pestíferas, atestada de neo-gongorismo, neo-culturanismo, decadentismo, parnasianismo, pseudo-realismo y plagada, en fin, de todas las lacerías que brotan del yo satánico é insoportable. En esta pesada y enervante fetidez de aromas de droga y de plantas exóticas y de estufa, en este ambiente cuya espesura refleja brillo de luz eléctrica irisada en diamantes y pedrería, era menester abrir las ventanas que dan al campo libre para que una fresca ráfaga de viento aireado, soleado, y filtrado por encinares, oliendo á tomillo y mejorana, barriera la fetidez aquella y disipara á la par aquellos esplen-

dores la luz del sol de Dios. Condoliamé de que se tomara al pueblo, á lo sumo como *documento*, como rana ó conejillo de Indias de fisiólogo, como curiosidad, como materia científicable, y que ningún poeta bajára á sumergirse en sus profundidades palpitantes de vida. Por esto saludaba en el movimiento socialista, sobre todo el soplo nuevo que regenerara las almas, una fuente de nueva poesía y nuevos ideales.

Cuando atravesaba lo más ardiente de este período de apostolado entre los amigos, á raíz de haberle leído mi estudio sobre el *Martin Fierro*, me vino un día mi buen amigo y compañero don Luís Maldonado Ocampo, con la buena nueva de haber topado á un Martín Fierro charruno, de haber descubierto en este hermoso campo de Salamanca, en plena charrería, en Robliza en fin, un ciego autor de unos

cantares que había él, Maldonado, recogido de boca de su criado. Acto seguido me leyó el romance del ciego sacándome con ello de mis casillas, bien es cierto que llovía sobre mojado. Sentí el fresco del aire de la tierra en el alma, la ráfaga que primero le refresca para calentarle luego con calor reactivo; el sol del campo de Salamanca me entraba en el corazón. Sin ponerlo al igual del *Martin Fierro*, eso no, me des hice en elogios al ciego y sus querellas emprendiendo al punto la tarea de persuadir á Maldonado de la importancia de su descubrimiento y de la excelencia del romance. Empeñé el ataque en la creencia de que la costra de cultura había enquistado la enjundia jugosa de lo íntimo de su espíritu. ¡Aquello era fresco y vivo y lleno de alma, aquello! Tosco, es verdad, como la encina que crece al aire y á los hielos y á los achicharramientos del sol

en el campo de Robliza, tosco como la encina, pero como ella vivo, de hoja perenne, de cuerpo robusto.

Menuda disertación la que le endilgué á propósito de las querellas del ciego de Robliza. ¡Y qué de cosas barajé, santo Dios! Allí los sentimientos primitivos y al desnudo, sin afeite, en su musculatura bravía y recia, allí la forma que brota como la savia del árbol. Aquel charro que se lamenta, no de que los señoritos abusen de sus hijas, sino de que les peguen malas enfermedades, de que les corrompan la sangre y preparen así el encanijamiento de un pueblo que necesita de todo su vigor para sudar todo el día al sol, agarrado á la mancera, me pareció de oro fino. Recordaba que el pueblo siente y pone sobre todo la salud, "*la salud lo primero, para poderlo ganar*," y con tal propósito recitaba á Maldonado pasajes análogos del *Martín Fierro*,

en que se trasluce al desnudo el sentimiento ingénito, sin la capa de cultura. Seguí discurrendo por las querellas, ponderé aquel brioso apóstrofe de

y ya es hora de que hagamos  
alguna barbarida

y sobre todo aquella pintura al fresco, hecha con los colores sobrios y las recortadas líneas de un mediodía sereno y de cielo limpio, aquella pintura de la labor del arado.

Yendo al fondo de las querellas me extendí en mil variadas reflexiones acerca del odio del campo á la ciudad, odio en que había meditado no poco al estudiar la última guerra civil de nuestra España; acerca de aquellas quejas y plañidos del labriego, que suda á chorretadas trás su yunta y hasta veía un hondo simbolismo, inconciente en el ciego, por supuesto, en el pasaje aquel en que nos canta

como *revezan* al ganado y no al  
gañán:

esto es mucha caridá,  
que se revece el ganao  
y siga la humanidá  
agarrada á la mancera  
por toda una eternidá.

Así, así es, el progreso trae nuevos inventos, á la fuerza del brazo sustituyen la del vapor y la eléctrica, pero la humanidad sigue eternamente agarrada á la mancera y sudando á *chorretás*. Así sigue la humanidad y sobre todo el labriego que es á quien menos toca de los frutos del progreso. El pobre gañán suda para que los señores de la ciudad coman, pero le traen su codumio, retoza con la moza que se le ha traído, come aquél con hambre y le sabe á gloria, y buscando después una sombra se tiende á dormir el santo sueño, en el que todos nos igualamos, más profundo, más santo, más consolador para el

pobre que ha sudado sobre la madre tierra y sobre ella duerme mientras la brisa hace cantar á los árboles, que le dan sombra, para que le arrullen. Y ¿cuándo empina el codo y contempla el azul del cielo remojando el gargüero seco de cantar? ¡Qué verdad en aquello de que

quien no trabaja tó el dia  
y no sufre la inverná  
y no suda en el verano  
no sabe lo que es trincar!

Arrancando de estas quejas ¡que pronto se llega á aquel tremendo dilema que bajo forma humorística encierra un mundo de amargura ¿qué es peor, tener dientes y no que comer ó que comer y no dientes? ¿hambre sin pan ó pan con invencible y mortal inapetencia?

Pasando del fondo á la forma más externa me interesaban, dadas mis aficiones lingüísticas, en las querellas las formas dialectales, y es más aún, hasta hablé de los romances

primitivos en que rimaban asonantes agudos con graves... en fin, qué se yo hasta donde me corrí.

Cuando Maldonado me vió más exaltado sonrió con aire de triunfador, me puso una mano en el hombro, me miró y dijo: Pues mire usted, no hay tal ciego de Robliza, es una broma que he querido darle, el ciego soy yo.

Me obstiné en un principio en negárselo pero pronto me lo probó. La cosa había sido sencilla. Viendo mi entusiasmo por *Martin Fierro*, él que no lo participa, por lo menos en el grado que yo, anunció á unos de nuestros amigos que iba á componer un *Martin Fierro* charruno para pegármela con él, se fué á casa y de un tirón le salió del alma la primera parte de las presentes querellas.

He aquí como una cosa buena, más que buena, *Martin Fierro*, engendró á otra buena también. Por-

que lo de la broma lo cree él, Maldonado, pero sólo es verdad en parte ó más bien sólo es parte de la verdad, pues si él me jugó un bromazo, es cierto, mayor es el que le jugó á él el ciego de Robliza, el *lígrimo*, el de la tierra, el que lleva dentro. Porque ese ciego que dormía en su alma, como en la de Sócrates su demonio familiar, al oír parte del *Martin Fierro* se despertó, empezó á gargajear y templar la pandereta, á soltar hipios sin letra, á buscar forma para sus quejas y embromando á Maldonado, al Maldonado que lo lleva, con lo de la broma dióal viento sus querellas.

Por esto una vez aclarado el caso persistí en mi creencia de que habíamos descubierto al ciego de Robliza y así intenté demostrárselo á su propio y genuino órgano en este mundo mortal. No sé si acabará de creerlo, pues por algo decía el buen Plutarco que si el “conócete

á ti mismo,, fuera cosa á la mano y alcance de cada quisque no lo hubieran tenido los hombres por sentencia divina.

No fuí e solo en enamorarme de las querellas del ciego de Robliza; todos aquellos á quienes se las leimos, entre ellos personas de exquisito gusto, las celebraron en una ú otra forma. Sólo ponían algún reparo al saber que el charro de quien salieron era el propio Maldonado. ¡Claro está, sabían la jugarreta que éste me jugó, pero no la del ciego á él!

Debo aquí hacer alto y recoger un juicio que se nos ha puesto delante. Para muchos menguaba el mérito del romance al saber que lo había hecho un señor de la ciudad, doctor á mayor abundamiento y por contera catedrático en nuestra vieja Universidad salmantina y persona de gusto é ilustración probadas.

“Es un charro de similor—decían —una falsificación hábil.” Para mí, en cambio, si amenguaron ciertos méritos, los de menor prez, otros se acrecieron, porque tan admirable ó más que el que un charro se *eleve* á ciertos puntos de vista que presuponen cultura libresca y trato de cierto mundo, tan admirable ó más me parece el que todo un señor culto de abolengo, baje al charro y se lo asimile, y mucho más en estos tiempos en que todos tendemos hacia *arrióa*, en estos tiempos en que nos rige y gobierna lo que en su jerga metafórica llaman los nuevos y más flamantes sociólogos ley de capilaridad social. Pero no es que Maldonado haya bajado al pueblo, es el ciego que lleva dentro.

Esta es ocasión de repetir una vez más que es un error arraigadísimo el de creer que la poesía popular brota del pueblo en cuanto masa, del conjunto. Hay muchos

que no se paran á reflexionar que los cantos populares tienen *un* autor, y muchos más son los que creen que la poesía popular sale de un hijo del pueblo, sin llegar con estudio á la conclusión de que de ordinario el poeta popular está elevado sobre el pueblo, es superior á él. Muchos, muchísimos cantos populares, hondamente tales, los más populares acaso, proceden de hombres doctos y cultos que se han sorbido y asimilado el alma de la muchedumbre, que templaron los latidos de su corazón al compás de los latidos del gran corazón del pueblo, del espíritu colectivo.

Hubo un tiempo en que los hombres cayeron postrados ante otros hombres, y una vez muertos éstos, les divinizaron y rindieron culto porque habían acertado á expresarlo que sentían todos; hubo otro tiempo en que poeta, *vate*, era adivino, y aún hoy, en este hermoso campo de Sa-

lamanca, es ministerio del poeta pronosticar el tiempo y leer en los cielos estrellados. Cuando pasaron tales tiempos de adoración al poeta se siguió aún creyendo que le asistía un espíritu celeste, una musa, que al cantar era presa de raptó sobrehumano, que un tábano, *estro*, divino le espoleaba con su aguijón. Y hoy ¡qué frío todo eso del *estro*, que mortecina y lánguida, que ridícula resulta toda invocación á la musa! ¡Cómo se ha convertido en mote lo de *bardo y vate*! A todo ello ha substituido el *nocturna versate manu, diurna poetas* del buen Horacio, y el *polissezle et le repolissez* de su discípulo Boileau, poetas en bata ambos. Hoy apenas se cantan las querellas del pueblo sino que el poeta, ahito de su yo, busca exquisiteces más ó menos estrafalarias y se nos exhibe á sí mismo. No, no le llamo vate al ciego de Robliza, no sea que me lo tomen á risa.

En los tiempos que corremos no creo sea temeridad presentar al ciego como uno de los modelos que imitar. Sentir como el pueblo pero con más intensidad que él, he aquí lo que constituye al verdadero poeta. Junto á esto ¿qué son todos los aromas quintesenciados y destilados en el alambique del arte decadentista, parnasiano, pseudo-realista, neo-místico ó satánico? ¿qué importan las nuevas rimas?

No faltará *culto* á quien se le atraganten estos romances. Le compadezco, es de los que no pueden gozar de la divina hermosura de un alba campestre, cuando el sol dora las cimas azules de la sierra lejana, despereza á la lenta niebla que se levanta dejando en los árboles vellones de su cuerpo, disipados al punto por la brisa matinal, se irisa en las perlas de escarcha y se eleva  
desparciendo luz y fuego  
por toda la inmensidá  
del cielo del firmamento.

Esos cultos, insensib'les á romances como el del ciego de Robliza, no pueden gozar de tales amaneceres, porque traen *recencio* que les puede constipar.

Mas... basta ya de filosofías y al grano.

En vista del éxito de las querellas del ciego de Robliza, como era una verdadera lástima que quedaran reducidas al estrecho círculo de cuatro ó cinco amigos, decidimos publicarlas. Antes quiso completarlas el señor Maldonado y escribió las partes segunda, tercera y cuarta. No niego que se las dictó el mismo ciego que la primera, el mismísimo, pero á mi juicio ya no estaba tan de vena. Así son esa gente, cantan que es una bendición de Dios cuando les sale del alma, pero si se les fuerza á ello ó en ello se les interesa salen del paso como mejor Dios les da á entender. Repito que sigue siendo el mismo ciego el tábano di-

vino de Maldonado, pero como éste no buscaba ya una broma, tampoco el tábano pudo embromar á Maldonado como la vez primera, tanto más cuanto que le halló ya sobre sí, conforme á su costumbre. En ciertos respectos podrán parecer superiores la segunda, tercera y cuarta parte, la descripción del dolor del padre ante su hijo *carrilano* muerto está, como factura, aunque recargada de trágico, bien hecha, pero... enfin, que hay pero aún en lo bueno. Y volvamos á lo de la publicación.

Hubo quien propuso se jugara al público la misma pasada que á mí, pero pensándolo bien se hallaron inconvenientes hasta á la publicación de las querellas en edición de venta al alcance de todo comprador. Se temía por algunos que llegaran hasta el pueblo del campo despertando en éste sentimientos amodorrados: se creía caso de conciencia no aguijar el alma del que

descansa de sus sufrimientos en la resignación que da el trato íntimo y cotidiano con la tierra fortificante; alguien llegó á temer que si tales cantares se entonaran en una velada, junto á la hermosa llama que arde en el hogar, bajo la ancha campana de la cocina, al son de pandereta y al compás del baile de los gañanes, fueran parte á contribuir á la barbaridad si algún día el charro reventaba por la cincha. Entonces se tomó la diagonal decidiéndose publicar las querellas en edición numerada, no vendible, y destinada á ser repartida entre los amigos y gentes de buen gusto y discreción probada, para perpetuar así el fausto suceso de haberse descubierto un ciego de larga vista, un vate *ligrino*, de la tierra, charruno hasta las *cachas*, en el fondo del alma del mismísimo don Luis Maldonado Ocampo, doctor y catedrático de la Universidad salmantina.

He aquí explicada la publicación de este librito. ¡Quiera Dios que dé á otros tan buen rato como á mí me dió la consabida broma, y ójala despierte este ciego á otros como *Martin Fierro* le despertó á él!

Por otra parte hago votos porque estos romances de la tierra sirvan para que aquellos que, poco sensibles á la pura poesía, buscan en ésta el *grano*, vuelvan sus ojos á la suerte del gañán para quien

amaneceres que vienen  
amaneceres que van  
siempre amanece lo mismo  
para el infeliz gañán,

vuelvan á él sus ojos y contemplen y estudien y sientan al que montado en el pescuño da al aire libre sus cantos melancólicos, largos como los surcos que abre su yunta. Vuelvan su atención á esa vida del campo, todos los días la misma y todos los días nueva como el sol que

la vivifica, busquen en ella la clave de toda la vida social y vean en la tierra el sustento de la humanidad entera, en la santa tierra, que engendra y devora hombres y civilizaciones, que algún día devorará la nuestra. Y cuando sean ruinas nuestras ciudades, sobre sus escombros pasará acaso la reja del arado y cantará el labriego cantares hondos, melancólicos y largos. Porque los labriegos son el eslabón que enlaza las generaciones, la materia conjuntiva, el *plasma germinativo* social, y perdónese me la pedantería. Ellos viven cara á cara de la naturaleza, reciben de ella la lluvia, el calor, el carbunco, la epizootía, las cosechas colmadas y la mies que se sale de las trojes, y no culpan al hombre. Se resignan, viven con la santa tierra, esperan subir un día á aquel cielo sereno de donde viene el calor de vida, y por fin en la tierra que araron y regaron con su su-

dor, en la tierra formada en parte de despojos de generaciones y de polvo de humanidad, descansan de sus dolores y fatigas en la santa igualdad de la muerte.

Y basta, que esto tira ya á sermón. Para tal es poco, y para introducción á las querellas del ciego de Robliza mucho, pues el lector debe estar ardiendo por conocerlas, si es que, con buen acuerdo, no las leyó antes que estas cuatro líneas deslavazadas, en el cual caso, satisfecho con aquellas, lo mejor que hubiera podido hacer era dejar estas.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, Marzo de 1894.





QUERELLAS  
del  
CIEGO DE ROBLIZA

---

I

Virgen Santa del Amparo,  
Virgen de la Soledá,  
La que en el Cueto veneran  
Tos los de esta merindá,  
La patrona de los charros  
Que viven del rio acá,  
La más dina y la más grande  
De toas en potestá,  
La que en los montes habita,  
La que dejó la ciudá  
Porque era chica pa ella

Toa la Santa Catredal,  
La pastora de estos pueblos  
Que forman comunidá  
Canillas, Pagos. Calzada,  
La Cabeza, Quejigal.  
Carnero, Cojos, Robliza,  
Carreros y la Enjará.  
A tí que manas perene  
La gracia de Dios sin par,  
Recurro á que me ilumines  
Pa que yo pueda narrar  
Las desdichas de los probes  
Labriegos del rio acá  
Que son los más desgraciaos  
De toa la cristiandá.  
Escomienzo por los amos  
Que no tienen caridá  
Y van subiendo las rentas  
Hasta ya no poder más.  
Ellos mataron los frailes  
Lo cual que fué una maldá  
Y, aluego, son e los piores  
Por su mucha vanidá,  
Pues estrujan á los probes  
Por gastar en la ciudá,  
Y beben en los cafés,  
Y fuman puros de á rial,  
Y malgastan en los treatos  
El sudor de los que están  
Con la mancera too el dia  
Briegando sin descansar,

Los frailes, al fin y al cabo,  
Si les gustaba yantar  
Y tomar güen chocolate  
Y amontar mulas de alzá  
Se hacían cargo de que eran  
Hombres como los demás,  
Tenían bajas las rentas,  
Pus querían vivir en paz  
Y p. que toos vivieran  
Partir con toos el pan.  
Sigo por los de la tierra,  
Los que viven por acá  
Cudiando de sus labores  
Sus ganados y demás;  
Estos son mucho mejores  
Por su grande cristiandá  
Y porque aun tienen vergüenza,  
Mas la van perdiendo ya,  
Y dejan la media vaca  
Por el bastón y el gabán  
Como si juesen ya médicos  
U señores de ciudá.  
También apuran al probe  
Por la su mucha ansiedá  
Que tienen de enriquecerse  
Pa también dirse a gastar,  
Pus están llenos de envidia  
De lo que hacen los de allá  
Y el afan de tener coche,  
Cocer no les deja el pan;  
Y sacrifican al probe.

Le matan á trabajar  
Y á comer le dan tan sólo  
Lo que no quieren mazcar.  
La cama es la dura piedra  
De la cocina ó el portal  
Y la soldá tan escasa  
Que no basta pa engañar  
Tan siquiá un diente á los chicos  
Que están llorando por pan  
Lo mesmo que pajaritos  
Que acurrucos en el nial  
Pian á su güena madre  
Que les venga á alimentar  
Y ella, si trae vacio el pico,  
Les consuela con cantar  
Unos cantares que paecen  
La mesma devinidá.  
Pus ni los hombres humanos  
Tan triste saben trobar.  
Aunque toos no son asina,  
Golviendo á los amos ya,  
Pus los hay güenos y malos  
Como simiente en costal.  
Y digo que los hay güenos,  
Que es una causalidá,  
Como el señor Alifonso  
El amo de La Enjará  
El charro más campechano  
De toa la merindá  
Que á su lao medra el probe  
Sin á él prejudicar;

Pus tal amo, tal criao  
Y este señor amo es tal  
Que parte con sus criaos  
Sus ganancias, bien ganás,  
Y los trata como hermanos  
Y no como en la ciudá  
Que parece que son santos  
A quienes hay que adorar,  
Y mal ratan á los mozos,  
Y á las mozas mucho más,  
Pus como ven carne fresca,  
Y acostumbrados están  
A comerla siempre pocha,  
Dan tras ellas sin cejar  
Y abusan lo que Dios sabe  
Sin denguna caridá  
Y las ponen como nuevas  
De la pior enfermedá  
Para que vengan aluego  
Al campo de la ciudá  
Y se lo peguen al novio;  
Que es una barbaridá  
Como cunden esos males  
Como grama empradizá.  
Y digo de unos y de otros,  
Los amos de la ciudá  
Y los amos de los pueblos,  
Que se deben bien mirar,  
Porque el charro va cansado  
De sufrir tanto la ahijá  
Y es mucha cabronería

Eso de vivir tan mal,  
Los hijos de hambre mohinos  
La mujer de hambre pasá,  
Sin esperanza denguna  
De poderlos remediar.  
Y como algún día reviente  
Por la cincha... güeno vá.  
Poco tiene que perder,  
Mucho tiene que ganar.  
Conque ojo, señores amos  
Del campo y de la ciudá,  
Vus lo dice un probe ciego  
Que, en su ceguera ve más  
De lo que vusotros veis,  
Pudrencia y á mejorar!  
Sigo por los usurarios,  
Que es una plaga infernal,  
Como butres, á la carne  
Del que se pierde, se van,  
Y en el se ceban y engordan  
Y le chupan sin parar  
Toa la sangre de las venas  
Las entrañas y el vandal.  
Güenos cristianos son estos  
Que aparentan cristiandá,  
Y aluego roban al probe  
Sin compasión ni piedá.  
A estos cuervos yo les digo  
Que tiemblen por su caudal  
Pus lo que viene robado  
También robado se va,

Y el ladrón es perdonado  
Si á otro ladrón fué á robar,  
Y si lo que roba es suyo,  
Esto no será maldá.

Voy ahora con los caciques  
Del campo y de la ciudá  
Los que too se lo gobiernan,  
Del gob erno algo queará,  
Cuando tanto se disputan  
El grangeo de mandar.  
Pus digo de estos señores  
Que no tienen, voto á tal,  
Ni una pizca de vergüenza  
Ni un punto de cristiandá.  
Los nombran pa que gobiernen  
Güen modo de gobernar,  
Siempre mucho prometer  
Y aluego, mucho olvidar,  
Cuando vienen eliciones  
Van al probe a vesitar,  
Se le meten por los ojos,  
Mucho la mano aprietar,  
Y, aluego, cuando los nombran,  
Después de tanto cansar,  
Si te he visto no me acuerdo  
Mas que para hacerte mal.  
¿Dónde tiene la conciencia  
Esta gente preincipal  
Que gobierna tóo el reino  
Por el Rey Su Magestá?  
Mas la vosliera servirnos

En nuestra nesecidá,  
Porque a fuerza de molernos  
Algún día lograrán  
Que los del campo golvamos  
La tortilla a la ciuda.  
No inoramos ya denguno,  
Que esto está corruto ya,  
Que nuestro sudor mantiene  
Los vicios de por allá,  
Y que venden nuestra sangre  
Pa beber y pa triunfar.  
¡Ay de tí, ciudá maldita  
Si un día vamos allá,  
No serviran tus murallas  
Para detenernos ya,  
Que ahora en lugar de murallas  
Tienes guardas pa robar  
A los charros que te llevan  
La vianda que comer has  
Y hay que pagarte consumos,  
Que es cosa muy de admirar,  
Por lo mucho que consumes  
De lo que criamos acá,  
¡Ay de tí ciudá maldita!  
Poco tienes que enseñar,  
Que la lición que tu enseñas  
La hemos deprendido ya.  
Tu enseñas á los doctores  
Que nos de en estrujar  
Y nosotros te decimos  
Indinísima ciudá

Que no nos sale del cuerpo  
Dejarnos agorrinar,  
Que demasiao tiempo habeis  
Apretao la cincha ya,  
Y que es hora de que hagamos  
Alguna barbaridá.  
Nosotros ya deprendimos  
Al fin de tanto amolar  
Que somos como vusotros,  
Digo mejor: somos más,  
Pus que labramos la tierra,  
La hacemos frutificar,  
Y por el trabajo nuestro  
Comeis vusotros el pan,  
Los garbanzos, hortalizas,  
Judías, lentejas y á más  
Vacas, cerdos y otras muchas  
Cosas con que alimentar.  
Nuestro es el cuido del campo  
Nuestro es el contino afán  
De labrarlo y de guardarlo;  
Nusotros al barruntar  
El día, dejamos la cama,  
Dura cama del gañán,  
La piedra de la cocina  
U el escaño del portal.  
Apajamos á los güeyes,  
Los unimos para arar,  
Y salimos de la casa  
Cuando el día á rayar va,  
Con la luz de las estrellas

U la del alba lo más,  
Medio dormíos de sueño,  
Rendíos de trabajar,  
Un día tras otro día  
De los cornudos detrás  
Caminamos perezosos  
Abriendo una boca más  
Grande que vuestras mentiras.  
Al oír á alba tocar  
Nos quitamos la gorrilla  
Y rezamos de verdá,  
No como rezais vusotros  
Que to eso es falsedá.  
Dios nus quita la pereza,  
Aluego el sol sale ya  
Desparciendo luz y fuego  
Por toa la ínmensidá  
Del cielo del firmamento  
Y la noche al fin se vá.  
Vienen los amaneceres  
De que no podeis gozar  
Porque traen siempre recencio  
Y vos podeis costipar.  
Amaneceres que vienen  
Amaneceres que van  
Siempre amanece lo mesmo  
Para el infeliz gañán,  
La yunta va por delante,  
Y él con la ahijada detrás,  
Perezosa va la yunta,  
Más perezoso el gañán,

Porque el gañán y la yunta  
Se cansan de trabajar.  
Un día, aluego otro día  
Y aluego otros cien mil más  
Que amanecen toos iguales  
Para la yunta y gañán.  
Llega á la arada y la reja  
A juerza de tantear  
Coloca al fin en su punto  
Aprieta cama y dental,  
Sujeta el timón con cuñas  
Y, templando el clavijal,  
Según sea honda ó somera  
La labor que va á empezar,  
Pega un salto en el pescuño,  
La mancera cogerá,  
Se santigua y á los güeyes  
Animando con la ahijá,  
Comienza el afán del día  
Que con el día dejará.  
Por la tierra endurecía  
La reja sonando va  
Y, echando chispas, rechina  
Como una condenà;  
La ahijá destripa terrones  
Y la tierra ya esponjá  
Va caendo regolvía  
A un lao y á otro del gañán.  
Cuando ya ha entrao en faena  
Gargajea pa cantar;  
El cantar es un consuelo

Pa la gente menestral.  
Las tonadillas que entonan  
De oirlas tristeza da;  
En medio del campo, solos,  
Uno aquí y otro acullá,  
Siguiendo ca uno su yunta  
Sin poderse separar,  
Un sulco tras otro sulco  
Un cantar y otro cantar  
Como los sulcos de largos  
De los güeyes á compás.  
Así canta hasta que llega  
La hora de revezar,  
De revezar á los güeyes,  
Que se pueden reventar;  
Al gañan no le revezan,  
Si revienta á trabajar  
Se coje otro y á la arada;  
Esta es mucha caridá,  
Que se revece el ganao  
Y siga la humanidá  
Agarrada á la mancera  
Por toa una eternidá.  
Y sigue arando y el sol  
Le calienta ca vez màs  
Y por la frente le corre  
El sudor á chorretás;  
Sudor de probe que es oro  
Pa la gente prencipal  
Pus si él no lo sudara  
No tuvieran que yantar.

Y da más trigo una gota  
De sudor del menestral  
Que mil gotas de señores  
Que sudan de no hacer ná.  
Cuando toca á medio día  
La campana del lugar  
No hay gañán que no la oiga,  
Por lejos que esté, sonar.  
Bendita seas campana  
Que al probe aviso le das  
Pa que descanse una hora  
En su afán de trabajar,  
Bendita seas de Dios  
Porque le traes el pan,  
Que El nus manda desde el cielo,  
Pa que se puea alimentar.  
Suelta el gañán á los güeyes  
Con ansia van á abrevar  
Y uñe al yugo otra pareja  
Que le traen pa revezar.  
Aluego hambriento y cansado  
Se va al corte á regodear  
Con la su probe comía  
Que, aunque probe, le sabrá  
A gloria bendita, pus  
Con hambre la yantaré  
Y, en yantando con buen hambre  
No hay comía que sepa mal.  
En el corte está el perrazo  
Que, en sintiéndole acercar,  
Se va á él con mil halagos;

Pus comprende el animal  
Que el gañán ha de comer  
Y le quiere demostrar  
Que si él ha trabajao  
También él ganó su pan,  
Y mientras el otro araba  
El no cesó de ladrar  
Enseñándole los dientes  
A tó el que iba de pasá  
Y guardándo los aperos  
Con mucha fielidá.  
La comía se la trujo  
Una moza del lugar  
Montada en un borriquillo  
De la reveza detrás.  
Güena moza, güena moza,  
La que viene á revezar:  
Como un álamo es derecha  
Y regusta y colorá,  
Y encrespá y dicharachera  
Y apuesta, emperejilá,  
Como si juesen domingos  
De los días tos los más.  
Tiene la comía caliente  
Y la calabaza inflá  
Encima de un paño blanco  
Que da gloria de mirar.  
Llega el gañán, la retoza  
Ella se defiende airá  
Corren, luchan, ella grita,  
El la tentuja lo mas

Blando que tiene el su cuerpo  
Por delante y por detrás,  
Y, aluego, si ella se rinde,  
El se suele contentar  
Con darla cuatro apretones  
Y dejarla avergonzá,  
Que estas suertes, si hay concencia,  
No se deben rematar.  
Aluego comen los tres  
El perro, moza y gañán  
Como si fueran hermanos  
Nacidos de una camá.  
El saborea el vinillo  
Y cada vez que le dá  
Un tiento á la calabaza,  
Lo hace con tal humildá  
Con tanto cuido y afeto  
Que parece que le dan  
A beber, no vino chirle,  
Sino licor celestial.  
Quien no trabaja to el dia,  
Quien no sufre la inverná,  
Y no suda en el verano,  
No sabe lo que es trincar  
Cuatro tragos de güen vino  
Para el probe menestral.  
Gracias al vino vivimos  
Gracias al calor que dá  
Y á las penas que nus quita  
A esta probe humanidá.  
Concluidos los yantares

Güelve la moza al lugar,  
El perro busca una sombra,  
Busca otra sombra el gañán  
Y ambos á dos bien tendíos  
Duermen para descansar  
El trabajo de mañana  
Y el de tarde preparar.  
Quien vió mañana, vió tarde  
La faena es siempre igual,  
La yunta marcha delante,  
El gañán sigue detrás,  
El perro ladra en el corte,  
La reja rompiendo vá  
La tierra en que las semillas  
Tienen que frutificar  
Y, aluego, cuando el sol cae,  
Se oyen unas campanás;  
Es el toque de oración,  
Es la hora de ir al lugar;  
El gañán reza otra vez,  
Suelta luego el clavijal,  
Cuelga el arao en el yugo,  
La azuela en el mesmo va,  
La alforja en el cerviguillo  
Del güé más lucio y galán  
Y, como quien pisa güevos,  
Rendíos de trabajar,  
Güelven, la yunta delante  
El probe gañán detrás,  
Llegan al pueblo, desuñe,  
Cena, reza y á apajar.....

Y aluego viene la noche  
Dispués de tanto briegar  
En la piedra é la cocina  
U el escaño del portal.

## II

Y, golviendo con vusotros  
Señores de la ciudá  
¿En que vus gastais el tiempo,  
Presonas de calidá  
Mientras nosotros sudamos  
Por la tierra laborar?  
Ya lo dije, en malos vicios,  
En comer magro, en fumar,  
En tomar aire y café  
Y las mozas requebrar.  
Y, aluego, aparentais mucho  
Conque tal y conque cual  
Si don Tal es abogao  
U don Cual es endustrial;  
Güena abogacia es esa  
Al probe charro estrujar  
Y alargar mucho los pleitos  
Hasta llegarle á arruinar.  
Mal haya pal que vus crea  
Y se meta á pleitear:  
Pleitos tengas y los ganes  
Dijo el gitano, cabal,  
Si te quitan la anguarina  
No vayas al trebunal

No sea que allí te quiten  
Hasta el mismo cabezal.  
Nube son los abogaos  
Para el tio del lugar,  
Los notarios son pedrisco  
Y los fiel de fechos tal,  
Que antes vos parta centella  
Que uno vos llegue á mirar.  
Toos estos son de los piores  
De la gente de ciudá  
Pero entadia hay muchos malos  
Que no podré relatar  
Porque relatarlos todos  
Fuera cosa de cansar;  
Comerciantes que te engañan  
Figoneros ¡voto vá!  
Que te dan gato por liebre,  
Tabarneros que... agua vá.  
Hasta los chicos te corren  
Charro aquí, charro acullá  
Como si los charros juesen  
La cosa más sengular,  
Y lo pior son las costumbres  
Que vienen de la ciudá  
Que nos envian sus vicios  
Y nos llevan nuestro pan.  
Lo que han corrompío al charro  
Es cosa mu de llorar.  
Comienza por pantalones  
A dar el hombre cambiá;  
Pantalones que se vienen

Honor de hombre que se vá.  
¿Que tendrán los pantalones  
Que cambian la voluntá  
Y tornan los hombres güenos  
En gentes de tanto mal?  
Sigo por los agarraos  
¡Quien los pudiera quitar!  
Que son fruta venenosa  
Venía de la ciudá.  
Los mozos se despepitan  
Por estos bailes bailar  
Y las mozas se avergüenzan,  
Alguna malicia habrá.  
Y á juerza tiene que haberla  
En tan contino estrujar;  
El pegar un estrujón  
Mu bien se puede pasar;  
Pero el estar estrujando  
Tanto tiempo sin parar,  
Aunque no se tengan ley,  
Es pa hacerlos reventar  
Asina él sea una peña  
Y ella una reja de arar.  
Bien lo dice desde el púlpito  
El señor don Nicolás  
El párroco de Canillas  
Varón de cencia y bondá:  
«No baileis los agarraos  
Que son de grande impiedá,  
Golved á güestras costumbres  
No vus feis de la ciudá.

En esos bailes el diablo  
Yezca y chispa anda á juntar  
Y ajuntando yezca y chispa  
Que haiga fuego es natural.»  
Y sigo ya por los curas  
Ya que hablé de don Colás.  
Toos son güenos señores  
Y esto es cosa natural:  
Pus si ellos fueran malos  
Güeno iría el mundanal.  
Pero debo de dicirles,  
A ellos en particular,  
Que para regir las gentes  
No basta les pedricar  
Es necesario dar trigo  
Como hace don Nicolás,  
Quiero dicir, dar ejemplo  
Y lo bueno praticar;  
No gastar en el trisillo,  
No doblones entrojjar,  
No poner pingos al ama,  
Ni á caballo fantasiar,  
Porque toas estas son cosas  
Que aflojan la cristiandá.

## III

Sigo ahora por las quintas;  
Madre de la Soledá,  
¡Cuantas madres affigías  
Habrán ido á tí á llorar  
Pa que libres los sus hijos

Del servicio melitar,  
Y la guerra de Melilla  
Con su horrible mortandá!  
Esto de servir es justo;  
El corazón mesmo dá  
Que hay que defender la tierra  
De la gente desalmá,  
Pero no sólo los probes  
La su sangre han de gastar  
Y los hijos de los ricos  
Librarse por su caudal;  
Que hasta el mesmo Jesucristo,  
Como dice don Colás,  
Vino á derramar su sangre  
A esta tierra de maldá;  
Y si la derramó Cristo  
Los ricos no han de ser más,  
Ni más sangre la su sangre  
Que la del Dios humanal.  
Yo jui quinto y jui á la guerra,  
La guerra más desastrá  
Que hubo nunca en estos reinos  
De muchos tiempos acá;  
No jué guerra con el moro  
Que es enemigo mortal  
Y la guerra con infieles  
Al cristiano gloria dá;  
Jué guerra con españoles  
Que hablan nuestro mesmo hablar  
Viven en la mesma tierra,  
Y al mesmo Dios culto dán:

Guerra de hermanos y hermanos  
Que se tiran á matar.  
¡Cuantos caerian allí  
Muertos en tan duro afán  
Por amigos y parientes  
Sin denguna caridá!  
Yo vide á muchos morir  
Sin tener que lastimar  
Ni un mal resguño en en un deo.  
Al fin allegó la paz  
Y golvimos en poblao  
Las tropas á cuartelear.  
Nunca hubieramos golvío,  
Me apena lo recordar,  
Un andancio de los ojos  
Corre toa la cuartelá;  
Se me pega; mas quisiera  
Con cien calrristas briegar'  
Que con aquella basura  
De lagañas condenás.  
Voy el físico, los mira,  
Coje la piedra infernal,  
La mesma lumbre del fuego  
En comparanza es melá,  
Echo un ajo sin moverme  
Dijo él: te quejas por ná  
—¿Que me quejo? Quéme usté  
Hasta á la ñuca allegar,  
Y asina me quede ciego,  
Ni un mal quejío oirá.  
Ciego me dejó el indino

Por mi pacencia apurar,  
Pero ni él ni naide nunca  
Que me oyó quejar dirá.  
Y ahora vivo querellando  
Consuelame el querellar  
De haber quedao sin vista.  
No me cegó el guerrear,  
Me cegó un físico malo,  
Que es mucha causalidá,  
Quedar salvo de las balas  
Ciego por un animal.  
Y la probe de mi madre  
Me sale aluego á esperar  
Y se encuentra ciego el su hijo,  
¡Virgen de la Soledá!  
Mas me dolía el no verla  
Y el sentirle congojá  
Que el haber quedao tendío  
En medio de una emboscá,  
¡Probecilla! Al fin el duelo  
De verme, sin atinar,  
Andar po el pueblo pidiendo  
Pa poderla alimentar,  
La ahogó como á paloma  
Las garras del gavián.  
Solo quedé, asina vivo,  
Corriendo la merindá  
En busca de la limosna  
Que me dan por querellar  
Estas miseras querellas  
Del probe del rio acá.

## IV

Tengo mucho que decir,  
Tengo mucho que narrar,  
Mas no sigo querellando  
Porque es cosa de cansar.  
Pidiendo gracia á la Virgen  
Dire para terminar,  
Que esos trenes del demonche  
Son cosa de Satanás.  
Los hace gente extranjera  
Venía de la ciudá,  
No pa traernos caudales,  
Pa llevarlos acullá,  
Y que vayan más depriesa  
No se güelvan al lugar.  
Lo primero que nus hacen  
Quitarnos la propeá;  
Quieras ú no la tu tierra  
Has de ceder y entriegar  
Y, aunque sea por medio el cuerpo,  
El carril ha de pasar.  
Y tó porque ellos se empeñan  
Y lo tienes que tragar,  
Que el cerro-carril te mete  
Drento de casa un caudal,  
Güenos son los que lo dicen,  
Abogaos de la ciudá  
Pa que los crea la gente:  
Maturrangas y na más  
Pa engañar los probes charros

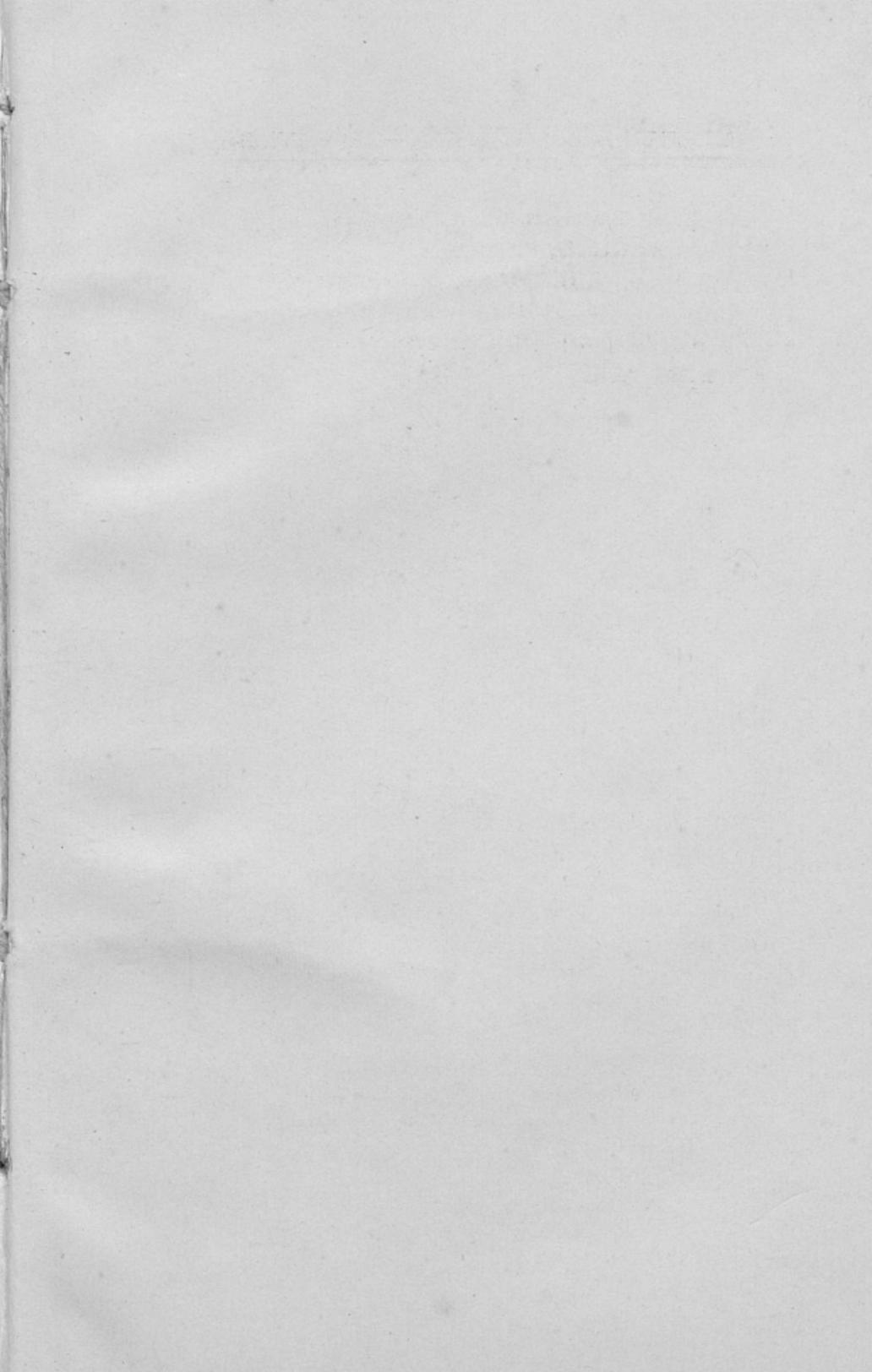
Y dinero les sacar.  
Aluego viene una nube  
De canalla á trabajar;  
De cá pueblo lo más malo,  
De ca casa el mas trugán;  
Gentes sin ley y sin roque  
Sin honor ni cristiandá,  
Que tienen boca é demonio  
Y por lengua hacha afilá,  
Que ni á la tierra, ni al cielo  
Dejan, tan siquiera, en paz  
Y con su lujuria tienen  
Estas tierras asolás.  
Mal ejemplo, mal ejemplo,  
Pa gente poco maleá,  
Ellos se van, aqui queda,  
Mucha broza entromajá  
Y es cosa de grán pacencia  
Tales tierras escardar.  
Carrilanos, carrilanos,  
Parroquianos de Caifás,  
Hombres que no creen en Dios  
Poco tienen que fiar.  
Sólo ralea tan pocha  
Puede en trenes trabajar,  
Porque son unos trabajos  
No de hombres, de Satanás.  
El cerro-carril de hierro  
No ha sido cosa creá,  
Que los montes que Dios hizo,  
Los quieren aburaear

Y pasar embajo de ellos  
Y los barrancos colmar,  
Pus si Dios los hizo asina,  
Quienes son pa le enmendar?  
Esas son cosas del diablo  
Que quié al hombre derrengar  
Y gastarlo y consomirlo  
Pa mejor se le llevar.  
No son pocos los que lleva  
Aplastaos en ese afán;  
Muchos vide que un barreno  
Les mató sin confesar,  
Y jueron, hechos miajitas  
Al quinto infierno a parar.  
Uno de ellos, piazo á piazo  
Lo pudieron remendar  
Por el ansia del su padre  
De ver el su hijo mortal.  
Parece que lo estoy viendo,  
Tirito de lo pensar:  
Encima de cuatro palos  
Lo llevaron á enterrar;  
Llevaba los sesos fuera  
Y en un cuévano el vandal,  
Las piernas puestas en cruz,  
Toa la cara moratá,  
Con los ojos mu abiertos  
Y la boca trastorná,  
Y en la su mano derecha  
Una piqueta apuñá.  
Cuando le echaban al hoyo.

Quísole el padre abrazar,  
Se abrazó col corpanchón,  
Mas no le pudo besar;  
Se desprendió la cabeza,  
Jué en lo más hondo á parar.  
Probe padre, probe padre,  
Toa tu vida has de llorar,  
Por meterlo á carrilano  
Al tu hijo no verás más.  
Los bobos de los lugares  
Al ver el tren paran tal  
Que por poco se santiguan  
Jincando al verlo pasar;  
El santiguarse no es malo  
Porque el tren es de Satán,  
Pero el jincarse no es güeno,  
A cosas de la ciudá.  
Dejaile correr vusotros  
Que él alcabo parará;  
To se cansa en este mundo  
Y aluego él se rendirá,  
Que el andar en piés de fuego  
No es cosa de soportar.  
Y á tan cansado trajín  
Le llaman cevilizar;  
Cevilizaisus vusotros  
Nusotros lo estamos ya.  
Y pidiendovus perdón  
Por mi triste querellar  
Y por la mucha pacencia  
Que vus he hecho gastar,

Encomiendome á la Virgen,  
Virgen de la Soledá,  
La que en el Cueto veneran  
Tos los de la merindá  
Y rezándola una salve,  
Callo y no digo más.

**FIN**

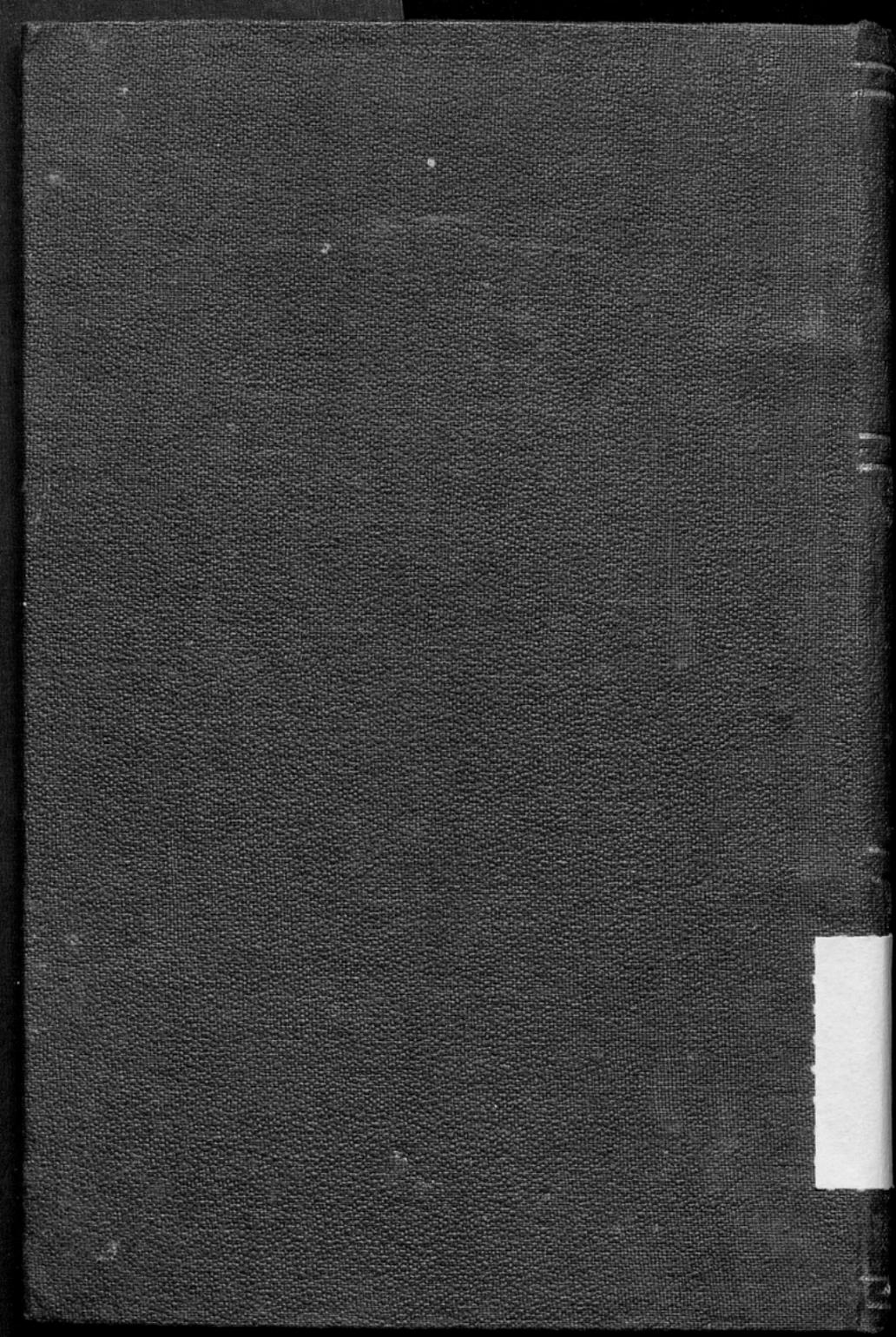












G 44473